

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 2 junio 1913).

## SOBRE LA ENSEÑANZA LAICA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1913.

Por desgracia o por fortuna el número de los hombres que tienen, o aparentan tener, absoluta certidumbre en las cosas que más importan a la paz de la conciencia es muy pequeño; es muy pequeño el número de los hombres que estén seguros, absolutamente seguros de que hay un Dios que premia y que castiga en el otro mundo y un cielo y un infierno en que se recibe premio o castigo, y muy pequeño el número de los que están absolutamente seguros de que no hay nada de eso. Por mi parte declaro que no podría vivir ni en pueblo compuesto todo él de creyentes absolutos ni compuesto todo él de absolutos incrédulos. Me ahogarfa igualmente en el uno que en el otro. Y voy más lejos: y es que no comprendo la vida sin la pasión; así, la pasión, y pasión encendida, de la incertidumbre.

Formamos parte de una generación educada en principios que en gran parte rechazamos racionalmente, pero que, rechazados y todo por nuestra razón, viven por debajo de ella vivificando nuestra conciencia y siendo móvil de muchos de nuestros actos. La Edad Media no fué vencida y superada por el Renacimiento; la Edad Media persiste entre nosotros. Todos tenemos debajo de nuestra alma moderna un alma renaciente o renacentista, y un alma medieval y otra pagana y otra salvaje. Y esto explica muchas de nuestras contradicciones; contradicciones sin las que no podríamos vivir.

Augusto Comte enseñaba que las sociedades humanas pasan por tres períodos: uno teológico, otro metafísico y otro positivo; doctrina que no sé haya hoy persona seria que en serio la sostenga. Todas estas disensiones y clasificaciones así, tan recordadas, son siempre sospechosas. Mas, en todo caso, esos períodos no se sucederfan si no que se sobrepondrían unos a otros. La teología persiste en la metafísica y ambas en el llamado positivismo, que es una de las cosas más teológicas que pueden darse.

Defendiendo el P. Didón la necesidad de la enseñanza religiosa positiva, de un credo confesional, para los niños empleaba un argumento, al que se ha tachado de especioso y de sofisticado y que no me lo parece tanto. Decía que si los vertebrados superiores pasan en su proceso ontogénético, en su desarrollo embriogénico, por períodos correspondientes a aquéllas por que pasó la especie en su proceso filogenético, según los evolucionistas afirman, conviene que un niño pase en la educación de su espíritu por aquellos períodos por que pasó la sociedad de que forma parte.

Y repito que no me parece esto tan sofisticado como se ha dicho.

Son muchos los padres que habiendo perdido las creencias de su niñez y su sociedad, y hasta habiéndose convertido en



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

Sobre la enseñanza la laica.



resueltos librepensadores o racionalistas, agnósticos o tal vez ateos, dejan, sin embargo, que se eduque e instruya a sus hijos en las creencias mismas en que a ellos se les educó e instruyó, y a lo más añaden: «Cuando ellos sean mayores y tengan uso de razón sabrán escoger y decidirse». ¿Es esto hipocresía? ¿es falta de convicciones? ¿es contradicción? Contradicción, tal vez, no lo niego, pero de contradicciones así vivimos, y sin ellas moriríamos.

Hay, en primer lugar, un sentimiento de respeto al niño, al propio hijo, a la libertad de su conciencia. No se quiere inculcarle desde niño otro prejuicio que el prejuicio tradicional de la sociedad en que vive. Cuando él sea mayor, se nos dirá, él verá cuál es la religión dominante en su país, él conocerá otras religiones y escogerá entre ellas o se quedará sin ninguna. Pero el padre, yo creo que con un seguro instinto, opta porque su hijo empiece educándose en la fe de sus antepasados, en la que hizo la sociedad en que vive y le dió sus más firmes cimientos morales, a reserva de que más adelante la examine y la rechace de su razón, si así se lo pide su conciencia.

En cierta ocasión uno de los hijos de un muy famoso hombre público español, que se distinguió hasta su muerte y desde que entró en la vida pública por el radicalismo de sus ideas antieristianas y antiteístas, se me lamentaba de cosas de su padre, y hasta de la educación que le había dado, aunque sin referirse a la parte religiosa, pues el hijo era total y absolutamente irreligioso. Y yo hube de decirle: «Su señor padre de usted, a quien conocí mucho, fué en sus mocedades un ferventísimo creyente cristiano y católico, como se lo oí a él mismo muchas veces, y luego, al ir creciendo y pensando y examinando sus creencias acabó por rechazarlas de su mente; pero las llevaba, mal que le pesara, en el fondo de su corazón, como las llevamos todos los que en ellas fuimos de veras educados, sean cuales fueren nuestras actuales convicciones racionales y lógicas. Su padre de usted llevaba por debajo del austero desierto de su racionalismo las aguas subterráneas de la fe de su infancia y de su juventud, y esas aguas eran las que regaban las raíces de las plantas que daban en él frutos a la acción del sol de la razón. Y a usted lo hizo educar sin ese riego, y de ahí viene todo». Y me replicó: «¿Pero si él sabía y creía que aquellas creencias en que él se educó eran falsas?»... «¡Aun así! le contesté. Claro está que no logré convencerlo, como no convenceré a mis lectores racionalistas resueltos.

Y no se trata, no, de imbuir en los niños unas creencias, que aunque no estemos convencidos de que sean verdaderas o convencidos de que no lo son, sirvan para apoyar la moral. No, se trata de otra cosa. No soy de los que creen que si hay gentes que no han de hacer el bien y apartarse del mal sino merced al temor de los castigos o al amor a los premios de la otra vida, haya que inculcarles la fe en estos castigos y premios para apartarlas así del mal e inducirías al bien. Nada me parece más repugnante que el que se quiera convertir a Dios en un gran gendarme para sostener el que llamamos orden social y que la creencia en el infierno sea un sustituto de la policía o tal vez un salto de agua para que lo aprovechen los poderosos.



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



de la tierra. Siempre me ha repugnado el que se limite la religión a ser un apoyo de la moral.

No, la religión es una cosa y la moral otra. Y hasta creo posible una moral independiente de la religión, una ética que no se base en creencia alguna religiosa. Y concibo muy bien un hombre—un hombre ¿eh? no todo un pueblo—que haga el bien por cualquier razón que no sea la fe en Dios, o sin razón alguna. Pero la religión ha sido siempre para mí, no un motivo para obrar el bien, sino un motivo para vivir, un consuelo de haber nacido.

No es, pues, que yo crea que hace falta decir a nuestros niños: «Si no haces esto y esto y lo otro, y no evitas hacer esto otro, Dios te castigará al infierno»; y hasta lo de las penas eternas del infierno me parece, aparte de una atrocidad, una creencia muy mala educadora. No, lo que yo creo que hace falta decir a nuestros hijos es que no han venido al mundo a desaparecer un día como sombras, a que su conciencia vuelva a la nada a la absoluta inconsciencia de que brotó, que no se les debe decir ni insinuar siquiera, que llegará un día, dentro de mil o de un millón si se quiere un billón de siglos, en que no quedará rastro alguno espiritual de nuestra humanidad, ni conciencia alguna que la recuerde y represente. No creo que se pueda impunemente y sin peligro dejar deslizar en el alma de un niño la sospecha de que la vieja creencia cristiana en la inmortalidad del alma no es más que un mito.

¿Que eso es educarlos en mitos, en prejuicios, en ilusiones o acaso en patrañas? ¿Y qué? ¿Hay médico alguno que cuando se encuentra con un enfermo y comprende que si le dice la verdad respecto a su enfermedad no sólo le amarga y entenebrece lo que de vida le resta, sino que tal vez le acorte ésta, y que viéndose en tal caso no lo engañe y hasta le mienta? Hay muchas, pero muchas, ocasiones en que nuestro deber es engañar a los niños y mucho más cuando nosotros mismos no estamos del todo seguros de que no sea un engaño nuestro desengaño. Y en esta cosas nunca hay seguridad matemática.

Ya sé que todo esto parecerá, más que sofisticado, horrible, y hasta de una cobardía indigna a no pocos resueltos racionalistas. Y sé que otros pretenderán que se puede encontrar finalidad a la vida y consuelo de haber nacido, aun no admitiendo la persistencia del alma después de la muerte. Pero en esto último tengo mis convicciones bien arraigadas, y hace años que vengo estudiando el fenómeno de la desesperación religiosa, o más bien irreligiosa, en el fondo de casi todos los movimientos de ideas, más o menos convulsivos, de nuestra sociedad contemporánea. Desesperación irreligiosa es lo que se cela en el fondo de lo que suelo llamar científicismo, y desesperación irreligiosa es lo que produce el anarquismo.

¿Es que estamos convencidos de otra cosa? No, pero lo estuvimos, por poco tiempo que fuese, en nuestra niñez o nuestra mocedad, y esa convicción pasada, hoy al parecer muerta, estamos viviendo. O estuvieron convencidos de ello, y lo están, los que nos rodean y de este ambiente vivimos.





¿Y qué tiene que ver con ésto la enseñanza laica? se me dirá. Porque la enseñanza laica o neutral, se dice, no es una enseñanza antirreligiosa y ni siquiera irreligiosa; en la enseñanza laica no se niega ni se afirma ningún dogma, se prescinde de ellos. Ah, sí, esto es la teoría, pero en la práctica esto es imposible. No hay enseñanza laica o neutral que no vaya a dar, por su propio peso, en enseñanza racionalista y confesional, de confesión antirreligiosa. Sobre todo tratándose de enseñanza primaria.

Se puede muy bien dar un curso de matemáticas, de física, de química y hasta de biología sin suponer que hay Dios ni que no le haya, pero es ya mucho más difícil, si no imposible, dar un curso de historia, de filosofía, de ética, sin suponer una u otra cosa o sin tocar el problema de la existencia de Dios y de la otra vida. En una escuela de primera enseñanza las preguntas del niño pueden llevar al maestro a tal punto que tenga que pronunciarse respecto a esos eternos problemas. ¿Rehuye la contestación? Es ya contestar, y contestar confesionalmente. ¿Dice que no sabe de esas cosas? Es contestación confesional. ¿Contesta que unos piensan así y otros de tal otro modo y que él, por su parte, se abstiene de opinar? Es insincero y además contesta confesionalmente. Porque el escepticismo y el agnosticismo son, dígame lo que se quiera, confesiones religiosas, o irreligiosas, que es lo mismo.

Decía el gran teólogo protestante Ritschl que los ataques que al cristianismo se dirigen desde una posición aparentemente científica son ataques de orden religioso, ataques de religiosidad pagana disfrazada de científicidad, contra la religiosidad cristiana. Y así es de hecho en la mayoría de los casos. Yo he podido observar en los más de los que se enfurecen contra el cristianismo y sobre todo contra la fe en la otra vida de ultratumba, una especie de rabia por no poder creer en ella y que otros en ella crean y en esa creencia encuentren un sosiego espiritual que los que así atacan su credo no logran hallarlo.

Y la experiencia enseña que la enseñanza llamada laica se convierte muy pronto en racionalista cuando no en sectaria anticristiana.

A esto dicen no pocos que la enseñanza primaria puede muy bien ser religiosa sin ser por eso confesional, del credo de una iglesia cualquiera, que hay un mínimo de creencias generales comunes a las confesiones todas cristianas—la católica, las protestantes, la cismática griega, etc.—y no sólo a ellas, sino comunes también al mahometismo y al judaísmo. Y de hecho la fe en un Dios personal y en la inmortalidad del alma es común a todas las grandes religiones occidentales y aun a algunas de las orientales. ¿Pero basta esto? En rigor es un mínimo así lo que para nuestros hijos deseamos cuantos vivimos la íntima vida de contradicciones que caracteriza a la conciencia sincera contemporánea, a la conciencia que no trata de engañarse ni de fingir ni de aturdirse. ¿Pero ese mínimo puede sostenerse por sí solo? No necesitará más bien en cada país del conjunto de creencias accesorias que han sido como su envoltura.





protectora? ¿Ese mínimo, que viene a reducirse en lo que en un tiempo se llamó la religión natural, que es el credo del vicario saboyano de Rousseau, el cristianismo despotencializado de los deístas del siglo XVIII, es cosa que puede sustentarse por sí?

Véase, pues, los gravísimos problemas que nos plantea el problema de la enseñanza neutra en el orden religioso. Yo sé que hay muchos padres intrépidos, partidarios de que no hay mejores principios educadores que la razón—la de ellos, la de esos padres—y la verdad—¿y cuál es la verdad?—que estiman estas nuestras dudas como hijas de pobreza de espíritu y de resabios de tiempos de ignorancia, de superstición y de barbarie. No sé si admirarlos o desdeñarlos, si envidiarlos o si compadecerme de ellos.

Conozco algunos de esos padres. Conozco entre ellos a uno que después de haber sido seminarista y haber luego perdido la fe y haberse hecho agnóstico y hasta ateo al parecer, fué a vivir a un país extranjero, donde nacieron sus hijos y donde se educaron en escuelas completamente neutrales. ¡Y tan neutrales! y ahora le inquieta y le desazona el oír a uno de sus hijos repetir todas esas fórmulas equívocas, como aquella de que cada uno tiene que vivir su vida, de que se sirven los apaches que leen libros de vulgarización llamada científica para justificar sus crímenes.

Nada hay más grotescamente trágico que el criminal pedante. En el reciente proceso de los bandidos de París ha exhibido su cinismo un pobre desgraciado a quien llamaban Raimundo La Ciencia (!!!) que es un tipo representativo.

Ya sé que se me dirá que si hoy se cometen crímenes tomando el nombre de la razón o de la ciencia, que antaño se cometieron no pocos en nombre de Dios y de la otra vida, y que ni pueden imputarse los unos a la fe en la razón ni a la fe en Dios los otros. Así es, pero ya he dicho que no creo haya de buscarse la religión como apoyo de la moral, sino muy en segundo grado.

No, la ciencia, que es cosa sagrada y divina, si es que hay algo divino, no tiene la culpa de las necedades de un pobre apache embriagado con tonterías pseudo-científicas, pero tampoco la fe cristiana tenía la culpa de las atrocidades que a su nombre se cometían. La culpa la tenían en un caso los que deformaban la fe cristiana para hacerla servir a intereses bastardos y polliciacos y la culpa la tienen en el otro caso todos esos vulgarizadores científicoistas, y no científicos, que se sirven de principios de la ciencia, mal entendidos y peor aplicados, para desahogar o la incurable sequedad de su corazón o la íntima desesperación irreligiosa de su espíritu.

¿Y cuánto nos queda aún por examinar respecto a este problema? Aún hay otros

fondos, más hondos aún, y que nos sumen más en perplejidades. ¡Bienaventurados los que no dudan y vacilan porque de ellos será... el limbo!

MIGUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USALES